

El juego de las asimetrías

Delfín Colomé

Embajador de España ante las dos Coreas y ex Director Ejecutivo de la *Asia-Europe Foundation* (ASEF)

Resumen

El autor analiza a través de su experiencia personal y su ejercicio facilitador de las relaciones entre Asia y Europa, el papel distinto –pero siempre determinante–, que juegan las sociedades civiles asiáticas en los actuales procesos de transformación de las sociedades. Las múltiples facetas de la sociedad civil están representadas en este análisis, que nos acerca a la sociedad civil como origen del control gubernamental y sustrato del activismo político, o su función de motor que estimula el desarrollo y transfiere su dinamismo a la economía, o bien como nexo de unión que alcanza allí donde no lo permiten los intereses políticos y estratégicos. Así, el autor realiza un ejercicio comparativo entre la región asiática y la europea, que muestra como Europa comparte

una serie de criterios éticos y estéticos, que le otorgan cohesión. Una uniformidad que no se da en la región que definimos como Asia, tan asimétrica y plural que quizás exista como unidad tan sólo como idea forjada en la mente de los mismos europeos. Sin embargo, partiendo de dicha constatación, el autor propone una serie de

áreas en las que podría establecerse una conexión efectiva entre las sociedades civiles de europeas y asiáticas, que podría darse por ejemplo mediante la cooperación de las industrias culturales, pero que debería considerar aspectos tan cruciales como el dispar método de la creación en el arte, de la consideración de la modernidad y la tradición, o el eurocentrismo, siempre presente cual venda en los ojos, que impide iniciar un diálogo efectivo y duradero, de sociedad civil a sociedad civil o de persona a persona.

Perspectiva cultural de las relaciones entre las sociedades civiles de Asia y Europa

En primavera de 2001 di una conferencia en mi entonces condición de Director Ejecutivo de la *Asia-Europe Foundation* en la Academia de Ciencias Sociales de Beijing. Llegada la hora de las preguntas, una estudiante china de aspecto inteligente que había seguido mi intervención con destacada atención, me pidió que profundizara algo más en el concepto de sociedad civil, que no había acabado de captar. Así

lo hice. Al final de mis palabras, con aire entusiasmado, exclamó: “Ahora lo entiendo: la sociedad civil es el Partido Comunista”.

Ha pasado media docena de años desde que aconteciera esta anécdota. En China las cosas han cambiado, y se están transformando continuamente, a una velocidad de vértigo. Algunos historiadores se han referido a que nunca una sociedad en el mundo mudó tan rápido, en tan poco tiempo. Y, si lo está haciendo a esta velocidad, es por el vigoroso impulso que la sociedad civil de verdad –y no la meramente referida al Partido– está dando a todos los aspectos de la vida. En otros países de Asia, la sociedad civil está actuando como motor dinamizador de alto voltaje político. Ahí está el controvertido *people's power* de Filipinas, capaz de cambiar

presidentes en plena calle, poniendo a la democracia en un verdadero brete, muy difícil de explicar.

Por otra parte, la sociedad civil asiática aparece en algunas zonas como excelente sustrato para abordar peliagudas cuestiones de reconciliación histórica, como las que separan por

“La sociedad civil asiática aparece en algunas zonas como excelente sustrato para abordar peliagudas cuestiones de reconciliación histórica como las que separan por ejemplo, a Corea del Sur y Japón. Entre ambos países son continuos los ‘incidentes’ provocados por la clase política que, absolutamente magnificados por una prensa artificiosa, cada vez interesan menos a la población”

ejemplo a Corea del Sur y Japón. Entre ambos países son continuos los “incidentes” provocados por la clase política que, absolutamente magnificados por una prensa artificiosa, cada vez interesan menos a la población que, en cambio, sí que es capaz, desde las instituciones ciudadanas, de organizar conjuntamente nada menos que un Campeonato Mundial de Fútbol (en 2002) jugado, simultáneamente, en terrenos surcoreanos y japoneses. Pude asistir al partido inaugural, en Seúl, en cuyos preliminares tomaron la palabra el presidente surcoreano y el entonces primer ministro japonés, Junichiro Koizumi. Los servicios de protocolo se temían un tremendo abucheo porque, poco antes, el mandatario nipón había visitado el famoso Santuario de Yasukuni, homenajeando junto a los justos caídos, a unos cuantos sangrientos criminales de guerra. Sin embargo, nada sucedió. Los embravecidos cien mil espectadores del estadio escucharon en respetuoso silencio y, al acabar, incluso aplaudieron cortésmente. Podrá pensarse que el fútbol tiene mucho poder. Y así es. Pero en los años que llevo ya viviendo en Seúl, jamás he sabido de agresiones –ni siquiera verbales– a las multitudes de japoneses que visitan Corea

del Sur. Es más, en medio de una de las frecuentes “ crisis de los libros de texto ” –motivadas por la distinta apreciación histórica de lo que fue la ocupación japonesa en el Pacífico– se celebró en Seúl un mes cultural japonés. Acudí a algunos de sus espectáculos, entre ellos uno de rock duro que –por su propia naturaleza– podría propiciar todo tipo de incidentes, y no vi más que salas llenas a tope y públicos entusiasmados.

Lo que está sucediendo en India es también espectacular. Con un impresionante desarrollo económico que ha infundido un encendido optimismo en los medios *argumentadores* –que tan exactamente retrata el bengalí Amartya Sen– el progreso hace su camino en medio de dualismos flagrantemente contradictorios como alta tecnología *versus* pobreza, democracia *versus* castas, etc. Lo que sí parece claro –como me confesó días atrás un prestigioso industrial indio– es que India avanza “ a pesar de los políticos ”. Porque la sociedad civil, ahí, tiene no sólo más raíces, sino también un peso y una funcionalidad sobresalientes.

Con todo ello, y a modo de preámbulo, quiero indicar que una de las cosas que distingue a las sociedades civiles asiáticas respecto de las europeas es su mayor distanciamiento de la esfera pública –Gobierno, partidos, instituciones públicas, e incluso constituciones legitimamente refrendadas– y su más ágil capacidad para echar a andar por el camino de en medio. Y no me cabe duda de que, cuando decimos que el siglo XXI será el de Asia, deberíamos decir –con más propiedad– el de las sociedades civiles de Asia.

Desde este punto de partida quisiera plantear –como indica el propio título de este artículo– cuál pueda ser la perspectiva cultural entre las sociedades civiles de Asia y Europa, que pueda servir como introducción a la parte de este *Anuario* dedicada a la cultura.

Lo haré desde una óptica muy pragmática, muy pegada al terreno, partiendo de mis propias experiencias personales adquiridas durante mi desempeño como Director Ejecutivo de la *Asia-Europe Foundation* (ASEF): uno de los desafíos profesionales más atractivos en mis ya treinta años de diplomacia.

ASEF fue el resultado de una idea genial, instrumentada y puesta en marcha por un intelectual singapurense, también hombre de acción, el profesor Tommy Koh.

Al amparo del diálogo institucional entre Asia y Europa que ASEM (*Asia-Europe Meeting*) inició en 1996, en su primera

cumbre de Bangkok, los líderes de la Unión Europea, teniendo como contraparte a los entonces siete países de ASEAN, más Corea del Sur, China y Japón –a los que se añadió la Comisión Europea–, decidieron crear una fundación dedicada a mejorar, incrementar y solidificar las relaciones entre las sociedades civiles de Asia y Europa.

Con ello, a los dos tradicionales pilares del diálogo internacional –política y economía– se añadía un tercero, referido a la sociedad civil, en lo que fue una actitud brillantemente innovadora. Crear una fundación –aunque fuera de carácter semi-público– y no un organismo intergubernamental significaba “civilizar” sustancialmente la iniciativa, haciéndola mucho más fiable, abierta y permeable a la cooperación con otras instituciones similares como universidades, otras fundaciones, asociaciones profesionales, sindicatos, ONG, colectivos ciudadanos, etc. Sociedad civil, en definitiva.

Desde su fundación, el trabajo de ASEF se orientó hacia tres sectores: intercambio intelectual, intercambio de personas (*people-to-people*) e intercambio cultural.

Durante mi mandato como Director Ejecutivo de la Fundación –entre 2000 y 2004– tuve pues la oportunidad y la responsabilidad de desarrollar un buen número de programas de corte cultural entre Asia y Europa. Fue siempre una labor gratificante, pero no exenta de problemas, a los que me referiré a continuación para ir centrando esa perspectiva que antes citaba. El grueso de esa problemática se refiere a las distintas *asimetrías* que se dan entre Asia y Europa. La más significativa se refleja en el asimétrico grado de cohesión sociocultural de ambas regiones. Europa –“ese pequeño cabo situado en un extremo del gran continente asiático” según

“ Una de las cosas que distingue a las sociedades civiles asiáticas respecto de las europeas es su mayor distanciamiento de la esfera pública –Gobierno, partidos, instituciones públicas, e incluso constituciones legitimamente refrendadas– y su más ágil capacidad para echar a andar por el camino de en medio ”

el poeta Paul Valéry– no es sólo una región geográfica que va del Atlántico a los Urales, sino una zona en la que sus gentes compartimos una serie de valores éticos y estéticos que, a lo largo de los siglos, han ido configurando una cultura común, ricamente diversa, pero con puntos de anclaje muy sólidos en conceptos como la tolerancia, el laicismo, el respeto a los derechos humanos, el *rule of law* y una serie de logros sociales –que van más allá de los subsidios por enfermedad, vejez o invalidez– que han consolidado un nivel y un estilo de vida basado en el bienestar del ciudadano. Hay una cohesión europea en el ideal de construcción social que la Unión Europea instrumenta a través de políticas concretas, unitarias, por todos consensuadas.

Un ejemplo –por contradictorio que parezca– de esta cohesión que suelo presentar a los asiáticos es el fracaso del pro-

yecto de Constitución Europea. Ahí Europa desplegó sus propios mecanismos de protección ante una regulación constitucional que, a todas luces, no satisfacía a los ciudadanos. Era un error, y la sociedad civil europea lo pudo conjurar, porque Europa se ha ido construyendo, pacientemente, a base de corregir errores con aciertos. Pero ello sólo puede hacerse desde una cohesión muy sólida, para que nadie pueda llamarse a engaño.

Este tipo de cohesión no se da en Asia, al menos por el momento. Cabría aquí, incluso, preguntarse si Asia existe como tal: porque no son pocos los asiáticos que nos reprochan a los occidentales el habernos inventado ese concepto. Inspirados en Hegel y trasladando lo que escribió sobre la India, podríamos decir que, de alguna manera, “[Asia] es algo que ha existido durante milenios en la imaginación de los europeos”.

Asia es como un enorme mosaico fragmentado, al estilo de los de Gaudí –que por cierto, tanto atraen a los asiáticos–.

Asia es tierra de marcadísimos contrastes de todo tipo. Las diferencias son, a menudo, abismales. Como la que hay, en términos económicos, entre Corea del Sur y Timor-Leste; o en el terreno político, entre Filipinas y Singapur; o, en el del desarrollo social, entre Vietnam y Japón.

A estas diferencias se une la diversidad religiosa. En Asia están presentes –e incluso con alto grado de militancia– todas las religiones del planeta, dando pie a serios conflictos sociales. La reciente visita a un *slum* musulmán en el mismo centro de Kolkata me hizo reflexionar mucho sobre la capacidad de desarrollo de la India, tan magnificada, hoy en día, en todos los papeles. Tal como sucede en Mindanao, en las Filipinas, un país donde se sigue practicando un catolicismo ultramontano, de frontera, de ramalazos casi tridentinos, en el que la política de natalidad, influida por el conformismo de tener tantos hijos “como Dios nos envíe” que la Iglesia católica sustenta a capa y espada, está cercenando –desde unos índices de natalidad que superan el 3,7%– la capacidad de desarrollo del país.

Siendo embajador allí, la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) organizó una campaña de distribución de preservativos entre los musulmanes de Mindanao, bajo el tímido título de “Programa de salud reproductiva”. Enterado el todopoderoso cardenal Sin, me llamó a capítulo para recriminarme amargamente que “la Madre España, que había traído el catolicismo a las Islas, anduviera ahora propiciando el pecado de sus habitantes”.

Por otra parte, el sentido de la religión en el asiático –algo que sin duda configura las apreciaciones culturales– es, en ocasiones, de un relativismo total. Hace poco, una ilustrada dama en Osaka, me confiaba que practicaba indistintamente el budismo y el sintoísmo, porque mientras éste le proporcionaba la felicidad en este mundo, aquél podría asegurarle la eterna. Así de sencillo.

Antes me refería a la falta de reconciliación entre los distintos países asiáticos, siendo la reconciliación histórica –el saludable “borrón y cuenta nueva”– precisamente, uno de los elementos que más cohesión puede dar a una región geográfica. Muchos asiáticos se resienten de esta situación, sobre todo al constatar la enorme interdependencia que existe ya entre sus países. Piénsese que el comercio interasiático, que en 2001 suponía un 38% del tráfico mundial, ha alcanzado ya cotas muy cercanas al 50%.

“Europa comparte una serie de valores éticos y estéticos que (...) han ido configurando una cultura común, ricamente diversa, pero con puntos de anclaje muy sólidos (...) Este tipo de cohesión no se da en Asia, al menos por el momento. Cabría aquí, incluso, preguntarse si Asia existe como tal; porque no son pocos los asiáticos que nos reprochan a los occidentales el habernos inventado ese concepto.”

bre todo al constatar la enorme interdependencia que existe ya entre sus países. Piénsese que el comercio interasiático, que en 2001 suponía un 38% del tráfico mundial, ha alcanzado ya cotas muy cercanas al 50%.

Y desde esta preocupación, también muchos asiáticos admiran e incluso envidian –a menudo calladamente– la consis-

tencia de la Unión Europea, que tiene el encanto de una utopía que, a lo largo de los últimos cincuenta años, se ha ido haciendo realidad a través de aquellos *petits pas*, pequeños pero sólidos pasos, que propugnaron sus padres fundadores.

Pero integrarse requiere no sólo una astuta visión económica, que los asiáticos tienen y que están intentando plasmar en la red interasiática de acuerdos de libre comercio que, paulatinamente, van tejiendo, sino una firme voluntad política –de toda la *polis*, de todos los ciudadanos, en definitiva– que se apoye en valores sólidos: uno de ellos es la reconciliación.

Y esa reconciliación no debe plantearse como una cuestión para resolver únicamente por los líderes cogidos de la mano –como en la famosa foto de Helmut Kohl y François Mitterrand– sino por un profundo compromiso adquirido por sus sociedades civiles en tal empeño.

Aunque sólo cuando a través de programas de intercambio, de contactos continuos por medio de las diversas instituciones de esa sociedad civil (agrupaciones ciudadanas, sindicatos, universidades, organizaciones no gubernamentales, fundaciones, etc.), planteadas con tanta inteligencia como generosidad intelectual, los ciudadanos se sientan realmente reconciliados entre sí, podrán establecerse proyectos comunes y de futuro que resulten realmente viables. Y, sin duda, la cultura –el intercambio cultural– tiene un enorme papel que jugar en este empeño.

Otra asimetría se da en la diferente configuración de los mercados culturales en Asia y Europa. En Europa, el mercado cultural tiene un añejo rodaje en el que han intervenido, históricamente, multitud de actores que, al aire de los tiempos y –no lo minimicemos– de las revoluciones, han ido consolidando dos elementos básicos: por una parte, la propia potencia de la industria cultural; por otra, la democratización de la cultura. Las cifras referidas a las industrias culturales en los países europeos, al igual que sucede en los Estados Unidos, son espectaculares: entre un 5 y un 6% del PIB. Las cifras, en Asia, son mucho más bajas, en razón del alto número, todavía, de países en desarrollo que lastran esos porcentajes.

No obstante, existe ya el convencimiento de que la cultura, a través de sus industrias, es una herramienta que ayuda a emerger desde el subdesarrollo y algunos gobiernos han puesto en marcha –incluso con notable insistencia internacional, bilateral o multilateral– programas de adecuación al respecto. He aquí un campo en el que europeos y asiáticos podemos trabajar juntos, y mucho.

Con respecto a la democratización de la cultura, se trata de uno de los fenómenos más interesantes, desde el punto de vista sociológico, del pasado siglo XX. El desarrollo de nuevas tecnologías está hoy incluso ampliando los horizontes de esta cuestión, llevándolos a límites –si límites tiene– simplemente insospechados hace sólo algunas décadas. Pensemos sólo en lo que significa la posibilidad de descargar músicas en *i-pods* de una versatilidad extraordinaria o en el hecho de que podamos ver en nuestro móvil las últimas producciones cinematográficas.

En Asia este último aspecto tecnológico tiene un peso notable en países como Japón, Corea del Sur o Singapur. Pero los dos aspectos fundamentales antes anunciados –industria y democratización– en la medida en que, además, ambos se retroalimentan, siguen difiriendo todavía sensiblemente de lo que sucede en Europa.

Asia, además, ha desdeñado durante muchos años serios factores de anclaje de las industrias culturales como el respecto a la propiedad intelectual y, por ende, a los derechos de autor. Con contadas y respetadísimas excepciones, la piratería –un elemento que, además, es todavía recurrente

en diversas facetas del mundo asiático– está peligrosamente extendida. De mi propia experiencia personal como compositor, puedo atestiguar que, pese a que mi música se interpreta a menudo en Asia, raramente aparecen referencias asiáticas en las liquidaciones que periódicamente me gira la Sociedad General de Autores. Probablemente con la entrada de China en la OMC las cosas vayan cambiando; pero costará. Y, por ello, es significativamente interesante –y ahí está una vez más la sociedad

civil como pionera– que precisamente la SGAE haya abierto una oficina en Shanghai.

Una tercera asimetría radica en lo que tradicionalmente ha sido la propia generación del hecho cultural, es decir, en una distinta concepción de la creatividad. En Europa, lo primero que hace todo artista, tras haber recibido la formación de su maestro, es “matarlo”; es decir, contestar los cánones magistrales una vez los ha dominado abonando, con ello, una permanente renovación de la estética que ha facilitado, en nuestra historia, la sucesión de escuelas y movimientos y una especie de agitación permanente de fórmulas creativas que se suceden, complementan y anulan. En cambio, en Asia, durante siglos, el discípulo ha copiado incansablemente al maestro, como única forma de devenir maestro él mismo. Hay que tener en cuenta que los maestros ocupan en algunos países asiáticos la cumbre de la escala social. A nadie se debe más respeto que a un maestro. Por ello, mientras durante siglos la renovación ha sido elemento esencial del arte, en Asia se ha puesto mucho más énfasis en la conservación.

Algunos teóricos han querido ver en ello una justificación, al menos antropológica, de la piratería artística, que dificulta a los asiáticos el acceso al concepto de derecho de autor. Una música concreta pertenece más a la comunidad que la disfruta

que al autor que la creó. Con ello, estaríamos anticipando, por tangencialmente que fuera, el debate de la primacía de los derechos comunitarios sobre los individuales; algo que también marca, mucho más profundamente de lo que parece, la organización del mundo cultural asiático.

Lo cierto es que hoy las cosas están cambiando con celeridad. Cuando los compositores chinos, por ejemplo, han descubierto los *royalties* ganados en las últimas décadas por su conciudadano Tan Dun, autor de *1997*, la música que sir-

“Las cifras referidas a las industrias culturales en los países europeos, al igual que sucede en los Estados Unidos, son espectaculares: entre un 5 y un 6% del PIB. Las cifras, en Asia, son mucho más bajas (...) He aquí un campo en el que europeos y asiáticos podemos trabajar juntos, y mucho.”

“En Europa, lo primero que hace todo artista, tras haber recibido la formación de su maestro, es ‘matarlo’; es decir, contestar los cánones magistrales una vez los ha dominado, abonando con ello, una permanente renovación de escuelas y movimientos (...) En cambio, en Asia, durante siglos, el discípulo ha copiado incansablemente al maestro, como única forma de devenir maestro él mismo.”

vió de fondo a la transferencia de soberanía de Hong Kong, han reclamado raudamente el derecho de autor y andan desesperados a la busca de métodos legales que eviten la rapacidad de las copias ilegales y del *top manta*. En todo caso, los jóvenes artistas asiáticos están ya rompiendo descaradamente con sus maestros, pero por una vía espuria, como es la de copiar a los maestros occidentales, con lo que el efecto distorsionador se mantiene. El caso del coreano Paik Nam June, que desarrolla toda su vida artística en Nueva York, donde se convierte en un artista rompedor y provocativo, es todavía excepcional. Y no porque no haya capacidad de innovación en Asia –que potencialmente la hay, y es enorme– sino porque la ruptura, de algún modo, cogió a los artistas con el pie cambiado, en razón de otra de las asimetrías que aquí quisiera evocar: el distinto desarrollo de la modernidad en Asia y en Europa.

En Europa, la modernidad creativa se produce dentro de un proceso evolutivo en el que los sistemas estéticos van desarrollándose endogámicamente en busca de la misma. En Asia, no. Allí la modernidad, básicamente, se importa. No es el propio sistema que la va generando, sino que la asume, en ocasiones bruscamente, incluso a menudo traumáticamente, sin ese proceso evolutivo en el que se vaya avanzando dentro de unos cauces más o menos naturales.

Pese a los discursos exculpatorios que, a toro pasado, suelen formular, los poderes coloniales

no sólo no propiciaron ningún intento de modernidad, sino que lo sofocaron. El ejército colonial inglés era un buen ejemplo de esta actitud contradictoria: para salvaguardar el Imperio de su Graciosa Majestad, un militar inglés actuaba siempre ateniéndose a las reglas de “cadete y caballero” en la más pura tradición de Sandhurst; pero, bajo la misma bandera, un *gurka* podría proceder tan salvajemente como conviniera, cortando cabezas de cuajo o arrancando ojos en vivo.

Las colonias tenían que ser exóticas, para poder ser debidamente exhibidas en las Exposiciones Mundiales, como la de París de 1889. El exotismo de la colonia –representado por los gamelanes del Sudeste Asiático– se contrastaba con la galopante modernidad de la metrópoli, que inventaba el gramófono para que la deliciosa música oriental, que fascinó a Debussy, quedara registrada y a disposición de los colonistas, claro.

Los aislamientos a que algunos países asiáticos se sometieron voluntariamente tampoco ayudaron nada en ese sentido. Evoquemos la cerrazón de Japón, mantenida hasta que al

comodoro Perry se le ocurre plantar cara. Lo que sucederá después, será altamente contradictorio: Osaka disfrutará de sus pioneros tranvías, pero el timo civilizacional que, al son de la música de Puccini, se ceba con *Madame Butterfly*, tendrá sus reflejos en muchas otras áreas de la vida japonesa.

En China, el extranjero era un “narizotas”, de maneras burdas y groseras, incapaz de entender las sutilezas del Imperio Central, para cuyos ciudadanos todos los demás somos, irremediablemente, unos bárbaros periféricos. Actitudes como la del rey Chulalongkorn de Tailandia, que viajó dos veces a Europa, de donde se trajo algunos elementos de la modernidad occidental (como la *nanny* Amma que, en *El rey y yo* de Walter Lang seduce irremisiblemente a Yul Brynner) para que su país progresara, fueron absolutamente anecdóticas.

Resultado de todo ello es que –con ligeras excepciones– la modernidad asiática no empezará a aflorar, cuando lo haga, hasta 1945, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, con el apoyo del proceso de descolonización ya abierto y a través de una inducción exógena. Por vía de importación y

“Hoy, los jóvenes artistas asiáticos están ya rompiendo descaradamente con sus maestros, pero por una vía espuria, como es la de copiar a los maestros occidentales (...) la modernidad, básicamente, se importa (...) No es el propio sistema que la va generando, sino que la asume, en ocasiones bruscamente”

copia, la modernidad se irá instalando en Asia; pero el carácter forzado de esa instalación no dejará de crear serios problemas. Sobre todo porque, en muchos de esos países, la llegada de una cierta modernidad cultural se interpretará como un hecho neocolonial más. El sentimiento generalizado será

que los occidentales intentan imponer –una vez más– unas formas entendidas como modernas, en detrimento de las formas autóctonas que, por otra parte, parecen resultar políticamente utilísimas para la afirmación de la identidad nacional de los nuevos estados nacidos del proceso descolonizador. Con ello, se pondrá en evidencia una paradoja: mientras los estados recientemente independizados intentarán insuflar modernidad política, social y económica a sus estructuras, dudarán en lanzarse por la pendiente de la modernidad cultural –en especial la de la creatividad artística– por temor a caer en un neocolonialismo que, de nuevo, cercene sus fórmulas de expresión tradicional. Ello hace que la creatividad quede siempre como a mitad de camino, en una estética peligrosamente dubitativa, muy a menudo de baja calidad.

La paradoja puede resultar incluso paralizante. Una reputadísima coreógrafa de Yakarta me confesaba, en su vejez, que “en los años sesenta tuve que optar por ser una mediocre coreógrafa, antes que ser una mala indonesia”. Porque habrán de pasar muchos años hasta que los artistas se sacudan de encima el estigma colonial para descubrir que lo

importante para un pintor filipino no es hacer pintura filipina, sino buena pintura; y que la calidad ayuda más a la construcción de la identidad nacional que el muy a menudo socorrido –y, a menudo, manipulado– mensaje nacionalista.

Con todo, desde mi punto de vista personal, soy optimista. He vivido muy de cerca la evolución del mercado cultural asiático en los últimos diez años y pienso que la brecha está abierta y que por ella, venturosamente, se colarán los verdaderos artistas. Aquellos que, pese a todo, son capaces de innovar. La globalización ha tenido mucho que ver con todo ello. La *buena* globalización –que, como el buen colesterol, sirve y mucho para compensar la mala– ha tenido efectos fulminantes. Uno de ellos ha sido la más rápida y fácil accesibilidad a la imagen del otro, a sus particularidades. Los jóvenes de hoy han visto y oído tanto, en tan poco tiempo, reciben tal cantidad de información, por desordenada y sesgada que pueda ser, que han erosionado completamente su concepto del exotismo. Un ejemplo clarísimo es el éxito de los espectáculos del *WoMad*, en los que cualquier música, de cualquier parte del mundo, no suena ya como lejana, sino que se siente como propia. Los músicos de fusión se imponen con una facilidad pasmosa. Es evidente que estamos construyendo, a ritmo galopante, un nuevo sistema relacional en el que la sociedad civil, a través de los recursos del mercado (básicamente oferta y demanda) juega un papel fundamental. Ello nos tiene que llevar, forzosamente, a una revisión –por dificultosa que pueda resultar– de los mecanismos tradicionales, que se nos están quedando periclitados a todas luces. Pensemos, por ejemplo, en un instrumento que ha tenido tanto predicamento internacional como las *Expos* y que, hoy, en su concepción tradicional, han perdido todo sentido. ¿Qué poner en un supuesto Pabellón de España, en este año de 2007? ¿Cómo ser distintivo en tiempos globales? Una buena solución es la hallada por los organizadores de la *Expo de Zaragoza* en 2008: conceptualizarla en torno a un problema global, como el del agua, que a todos nos afecta y preocupa, intentando ofrecer soluciones. Comprometiendo e interesando, en definitiva, a los protagonistas del problema, que no son otros que los ciudadanos; la sociedad civil. Este es, precisamente, el tipo de innovación que hay que introducir en los esquemas de la cooperación cultural entre Asia y Europa que, en muchos aspectos, se nos han quedado anticuados, fuera de juego.

Y mucho me temo que a todo ello siga todavía subyaciendo una razón tan políticamente incorrecta como la persistencia del eurocentrismo, sentimiento onfáltico que sitúa a

Europa en el centro del universo, pensando que todo lo demás es periférico y aleatorio. El eurocentrismo sigue lamentablemente presente porque está ideológicamente muy enraizado en nuestra propia forma de sentirnos europeos. Porque tras de sí tiene el pensamiento de la Ilustración, de Adam Smith, Marx y Hegel, así como el evolucionismo, que ve el progreso como una supremacía del pensamiento y de la tecnología sobre la naturaleza. El eurocentrismo nos ha dado una arrogancia, presuntamente basada en la razón, que nos puede situar –en lo que sería una contradicción estrepitosa– en el terreno de lo absurdo. Suelo citar, al respecto, un ejemplo: la gente de mi generación seguimos con notable curiosidad la relación que los Beatles establecieron con Maharishi Mahesh Yogi, en lo que –puesto en conexión con el recital de Ravi Shankar en el famoso festival de

“La buena globalización ha tenido efectos fulminantes. Uno de ellos ha sido la más rápida y fácil accesibilidad a la imagen del otro, a sus particularidades. Los jóvenes de hoy reciben tal cantidad de información, por desordenada y sesgada que pueda ser, que han erosionado completamente su concepto del exotismo (...) La música, de cualquier parte del mundo, no suena ya como lejana, sino que se siente como propia.”

Monterrey– nos parecía una atractiva apertura hacia Oriente. Pero de repente, un día, los cuatro de Liverpool le dieron un portazo. Y cuando el afamado gurú le preguntó a John Lennon por qué le abandonaba, éste le contestó: “Yo que sé. Tú eres el cósmico [*sic*]. Deberías saberlo”. Con este rabotazo, Lennon, totalmente eurocéntrico, basó en la razón la

sinrazón de su fingido misticismo, que –dicho sea de paso– le proporcionó una buena rentabilidad comercial.

El eurocentrismo puede haber tenido una rentabilidad, no sólo intelectual, sino incluso económica. Pero hoy, Europa debería hacer un esfuerzo para ahuyentarlo, ajustándose a las realidades cambiantes sin pretender –inútilmente, por otra parte– que cambien los otros. Para ello, Europa tendría que ser mucho más pro-activa en Asia. Lo está siendo, en cierto modo, en China; pero con el único fin de ganar dinero rápido, aprovechando la emergencia económica de ese enorme país. Hay en ello una falta de visión: no se trata sólo de coger el dinero y correr, sino de implicarse mucho más, con presencia, con asistencia, con generosidad intelectual, en todos los sectores del desarrollo asiático. Sobre todo en el educativo, como fundamental entre todos ellos, a base de facilitar más becas, más relaciones interuniversitarias, de igual a igual, articulando *erasmus* euroasiáticos, posibilitando, en definitiva, más y mejores conexiones, con un sentido totalmente estratégico, a todos los niveles. Porque ello beneficiará a Asia, pero también a Europa.

Será necesario en esto admitir que Asia tiene unos valores ciertos que los europeos pueden compartir. No me refiero a los manidos valores asiáticos sobre los que algunos regímenes autoritarios pretenden legitimar sus desatinos. Pero sí creo que no nos iría nada mal acercarnos a una visión holís-

tica de la existencia, a un mejor diálogo con la naturaleza, al sentido cohesivo de la comunidad, al valor del consenso, etc.

Y una consideración final: Octavio Paz –en su espléndido libro *Vislumbres de la India*– se refiere a las diferencias entre Oriente y Occidente y subraya con todo énfasis que “tanto en política con la vida privada, el método más seguro para resolver conflictos, aunque sea lento, es el diálogo”. Coincido totalmente con el Premio Nóbel. Diálogo es también mi receta, especialmente al enfocar perspectivas –como éstas– ligadas con la cultura. Pero diálogo permanente, bien estructurado, con sus principios, sus cauces, sus equilibrios

y, sobre todo, sus recursos económicos. No se puede estar predicando diálogo desde la voluntad política si no existe una voluntad financiera que lo sustente. El diálogo cuesta dinero. Juntar a la gente a través de esa fórmula con tanto sentido semántico pero tan difícil de traducir del inglés como *people-to-people exchange*, requiere recursos. Las experiencias que se han puesto en marcha para ello, como es el caso de la *Asia-Europe Foundation*, han demostrado su viabilidad y sus efectos positivos. El diálogo funciona. Quizás el truco está en no verlo como un gasto, sino como una inversión. Una saludable inversión de futuro. Porque, sin ninguna duda, lo es.